

SEGUNDO PUESTO

Los tres aceites

Juan Esteban Romero Guzmán
Ingeniería en Telecomunicaciones
Facultad de Ingeniería
juan.romerog@uniagustiniana.edu.co



—¡Hey!, muchacho travieso, ¿qué historia quieres escuchar hoy?

—Le preguntó el abuelo al niño mientras se sentaba en una silla junto a la chimenea.

—Abuelo, esta vez no quiero historias, mi mamá dice que no son reales.

—Mírame bien, ¿crees que un hombre con barba mentiría? —Decía el viejo mientras acariciaba su rostro y su barba blanca.

—Abuelo, la verdad no lo sé... Pero dime, cómo conseguiste tu barba, ¿por qué mi papá no la tiene? ¿Yo tendré barba, abuelo?

—Siéntate en la alfombra, pequeño, te diré una cosa, los hombres no eran dignos de tener barba, hasta que...

El niño se sentó inmediatamente y estaba atento a cada cosa que el abuelo decía.

—Déjame recordar —dijo el abuelo— mi memoria falla un poco. Todo inició hace muchísimo tiempo, en una extraña, pero agradable época en la que la Tierra era gobernada por criaturas mágicas, dragones, mosquitos y otras criaturas. El campo estaba cubierto por el más suave y bello pasto, la tierra formaba grandes montañas desde las que se podía apreciar la majestuosidad de los castillos, y ver los frondosos árboles, que con su altura alcanzaban el cielo, y las lagunas de color celeste. En el campo vivían dos jóvenes, Ana y Evan. Ana era una chica con el cabello ondulado de color negro como el azabache, piel blanca, una mirada dulce y un pequeño hoyuelo que decoraba su mejilla al sonreír. De Evan, el chico, no hay mucho que decir, solo que tenía el cabello hasta los hombros y un espíritu noble. Un día, mientras caminaban juntos por el campo, Evan preguntó:

—¿Cuál es tu sueño, Ana?

—Mi sueño es vivir en un castillo monumental, junto a un caballero honorable y ser una dama muy afortunada. Y tú, Evan, ¿con qué sueñas?

—¡Ja! Esos sueños, ¡qué graciosa eres Ana!, ¿quieres saber cuál es un verdadero sueño? Mi sueño es tener una frondosa barba, tan extraordinaria que las princesas tendrán que pagarme para tocarla, tan fantástica que los juglares recitarán historias sobre ella, será una barba hecha leyenda —decía Evan mientras hacía maromas.

Ana no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—¿De qué te ríes? —Preguntó el chico.

—Evan, tu sueño es tonto, los únicos que tienen barba son los dioses y los seres de cuentos fantásticos. ¡Mírate, eres un simple ser humano! Deja de pensar en cosas imposibles.

— ¡Basta, Ana, no te burles más! Te demostraré que puedo conseguir mi barba, ya lo verás, ¡adiós! —dijo Evan enojado.

—Espera, Evan, ¡no te vayas! —dijo Ana, pero ya era un poco tarde, pues Evan se alejaba de ese lugar.

Mientras Evan caminaba, murmuraba entre dientes:

—Cómo se atreve a decir que mi sueño es tonto, le demostraré que tendré barba y se arrepentirá de haberse burlado de mí.

Evan estaba decidido, dispuesto a hacer todo lo que estaba a su alcance para cumplir su sueño; así que comenzó a hacer cosas extrañas. Lo primero que hizo fue afeitarse con una piedra de río, pero lo único que consiguió, fue rasparse la cara. Intentó también untarse estiércol de vaca, pero solo atraía moscas de la sabana y no obtuvo un rastro de bello facial. Lo intentó todo, hasta trató de hacer una barba falsa con el rabo de un lobo, pero este lo descubrió y lo sacó corriendo de un gruñido.

Mientras tanto, un sujeto que estaba sentado en una roca observaba con gracia todas las cosas sin sentido que hacía el joven.

—Ven muchacho —dijo el forastero—. Dime qué locura haces o tratas de hacer, no he hecho más que reírme de tus ocurrencias.

—Señor, no es gracioso. He tratado de hacer que me crezca la barba o, bueno, al menos hacerme una que parezca de verdad.

—Qué determinación tienes muchacho, pero, ¿acaso no sabes que la barba no es para los humanos?

—Todos me dicen lo mismo y estoy cansado de oírlo. Yo quiero mi barba y no me importa lo que tenga que hacer para conseguirla, esa es la razón por la cual vivo; es más, creo que para eso he sido creado.

—Hummm... Ya veo, dime una cosa, ¿qué serías capaz de hacer por tenerla? —Le preguntó el extraño mirándolo fijamente.

—Sería capaz hasta de entregar mi vida por ella —afirmó Evan.

—Me caes bien niño y me has hecho reír como nunca antes, te daré este viejo mapa; debes seguirlo y recolectar los tres aceites que te permitirán cumplir tu sueño.

—¿En serio? —Exclamó Evan emocionado y, tomando el mapa, vio que era una aventura difícil; pero él estaba convencido de que podía alcanzar su sueño.

—Muchacho, tu primer destino es el Reino de los Gigantes del Cielo —mencionó el forastero—. Ahí se encuentra el aceite de las almendras del Paraíso, pero la verdad no sé cómo llegarás, solo un humano pudo subir, fue aquel que cambió su vaca vieja por unos frijoles, el mismo que robó la gallina que ponía los huevos de oro, pero él cortó la raíz del frijol. Entonces, puedo decir que ya no hay modo de llegar allí.

—Pues algo me inventaré, ni siquiera la gravedad podrá conmigo
—exclamó Evan.

Al decir esto, levantó la mirada para agradecerle a aquel extraño sujeto, pero ya no estaba, había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Evan regresó a su casa muy emocionado y empezó inmediatamente a alistar sus cosas para iniciar la travesía. Miles de preguntas pasaban por su cabeza, pero trataba de ignorarlas.

Caía la noche y Evan se encontraba observando detenidamente aquel mapa; por un momento dudó hacer tal cosa, no sabía si era cierto o era una cruel broma de aquel señor misterioso. Decidió ir a descansar, sabía muy bien que el viaje no sería fácil y, al recostarse en su cama, cayó profundo.

Era una noche turbia y más oscura de lo normal, el canto de los grillos era distinto, los búhos nocturnos no salieron a cazar y las horas pasaban lentas como si el mismo destino estuviera asustado por lo que pudiera pasar. Así llegó el gran momento, el gallo sabía que era hora de cantar y esta vez lo hizo como nunca antes.

Evan despertó de un brinco, se puso sus zapatos, tomó sus cosas y salió corriendo a su gran aventura, pero pensó primero en ir a despedirse de Ana, así que se dirigió de prisa a su casa y al llegar gritó:

—¡Ana, despierta, ya me voy!

Ana despertó asustada y tímidamente se acercó a la ventana pero, al ver que era Evan, se tranquilizó.

—¿Para dónde te vas tan temprano? Aún no sale el sol —dijo Ana.

—Paso a despedirme, tengo un mapa que me guiará al lugar en el que podré conseguir mi barba, me enfrentaré a grandes peligros, será estupendo.

—Veo que estás decidido y no me quiero entrometer; pero Evan, prométeme que regresarás sano y salvo.

—Ana, es hora de irme, adiós —dijo Evan, y salió corriendo de ahí.

Pasaron tres días y Evan, por mucho que pensaba, no encontraba la forma de llegar al Cielo, aquel lugar gobernado por gigantes. En su mente renegaba y no podía creer que el fin de su aventura se acercaba sin siquiera haber empezado.

—Pero, ¿cómo es posible? —Pensaba Evan— ¿Cómo puede ser, que el único camino que existe en este mundo para llegar a los gigantes, fuera la raíz de unos desdichados frijoles? No lo puedo creer, esto no es justo.

En ese momento, Evan se percató de que, en la raíz de un frondoso árbol, se encontraba un nido caído, que contenía un polluelo de no más de cuatro días de nacido.

—Pequeño amigo, te has caído de tu árbol, tu madre debe estar preocupada. Ven, te ayudaré a regresar a tu hogar —dijo Evan, mientras tomaba al polluelo en sus manos.

Luego de esto, comenzó a escalar y, llegando a una rama, aseguró el nido para que no se volviera a caer. En ese instante, las hojas del árbol se empezaron a mover fuertemente y salieron cientos de aves que atacaron a Evan; era una lluvia de picotazos. En medio del ataque, Evan trató de huir, pero resbaló y cayó del árbol perdiendo el conocimiento. En ese momento, dos míticas lechuzas descendieron, tomaron el cuerpo del joven y volando se lo llevaron de ahí.

Pasados unos pocos minutos, Evan recobró el conocimiento y al abrir sus ojos vio a su alrededor un lugar lleno de hermosa naturaleza, un lugar en donde las flores no morían y sus pétalos brillaban como el mismo sol, un lugar nunca antes visto por el hombre. Maravillado ante tal belleza, y adolorido aún por el impacto, se

levantó de un brinco, pero de inmediato recibió un golpe en la espalda que nuevamente lo hizo saborear la tierra.

—Demuestra más respeto, sucio humano, estás en presencia del Rey Tucán —dijo una majestuosa ave.

Evan no podía creer lo que veía, era un búho de gran tamaño, que además podía hablar.

—Humano, estás aquí para recibir tu castigo, tu juicio está a punto de comenzar.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Evan.

En esos momentos, apareció caminando hacia él una criatura maravillosa, un ave de gran tamaño con un pico que parecía pintado con delicadeza por el mismo Dios; en su cabeza tenía una corona hecha con una piña, envuelta en la cáscara de una jugosa sandía; en su cuello llevaba un collar de uvas moradas con un coco como joya brillante; su plumaje era oscuramente deslumbrante; en sus dedos, bellotas y tomates estaban puestos como los más lujosos anillos; en su pata llevaba un bastón hecho de raíces, las cuales florecían con cada parpadear de ojos; y en su mirada azul se podía contemplar el cielo. Era el rey de las aves, era el Rey Tucán.

Evan apenas podía creer lo que sucedía.

—¿En dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? —preguntaba Evan.

—¡Cállate, humano! —Exclamó el Rey Tucán, dándole un pisotón en la cabeza y haciéndolo caer de nuevo— ¡Hablarás cuando yo te diga! Soy la máxima autoridad.

—Vengan hermanos, hoy este humano recibirá el juicio de las aves.

Al instante, todo el lugar se llenó de diversas aves de distintos tamaños; era como si Evan estuviera en medio de un coliseo Romano, escuchando cómo todos querían su cabeza.

—¡Ya basta! ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué recibiré un castigo? —
Decía Evan confundido— ¿Qué he hecho?, ¡no lo entiendo!

—¡Humano, tienes la osadía de hablar! ¿Acaso no te das cuenta de que soy el rey de todas las aves y que con mi pico podría arrancarte la cabeza sin esfuerzo alguno? ¡Es mejor que te calles! ¡Hablarás cuando te lo ordene! Estamos aquí, queridos hermanos emplumados, para dar juicio a este humano. Se le encontró trepando el árbol prohibido y, según lo que escuché, quería secuestrar a un polluelo, ¡estamos cansados de los humanos! Ustedes se creen los dueños de todo, para ustedes, todo es poder y por eso someten a las criaturas. Han esclavizado por siglos a las hermanas gallinas, obligándolas a poner huevos en prisiones. Lo más terrible de esto no es la cruel explotación, sino que, al final, cuando no pueden poner más huevos, las despluman y se las comen. ¿Les parece esto justo? ¡Los humanos son criaturas terribles! Hoy tendrás que pagar por esto y muchas más cosas que no me acuerdo. Pero, no me quiero parecer a uno de ustedes, entonces te daré la oportunidad de que hables, humano —exclamó el Rey Tucán.

Evan, mientras escuchaba estas cosas, sudaba y sus huesos crujían de temor, sentía cómo la muerte le hablaba al oído y, como pudo, dijo:

—Tienen razón de lo que nos acusan; pero, de todas las personas que hay en la tierra, ¿por qué me juzgan solo a mí? Lo único que yo hacía era buscar la manera de subir al territorio de los gigantes para tomar uno de los aceites, que me hará crecer la barba, que tanto he soñado.

—Ja, ja, ja —interrumpió el Rey Tucán— ¡Una barba! ¿Es en serio? Ja, ja, ja... Un humano con barba, y luego, ¿qué sigue? ¿Mi rostro en una caja de cereales? Ja, ja, ja.

—Digo la verdad, además lo único que hacía era regresar el polluelo al árbol, quiero mostrarles el mapa que ratifica mi aventura.

Evan abrió el mapa frente al Rey Tucán para que comprobara que sus intenciones eran verdaderas. En ese momento, el silencio fue total, el Rey Tucán se levantó y puso su gran ala en la cabeza del chico y dijo:

—Gracias muchacho, el polluelo que rescataste es mi hijo. Todo esto que viviste era una prueba para conocer tu valor y saber qué tipo de humano eras. Ahora sabemos que dices la verdad, así que no tengas miedo, nosotros conocemos tu viaje y ¿sabes?... Te ayudaremos, porque una de las reglas de este reino es que “favor con favor se paga”. Es más, hermanas aves, traigan un delicioso plato con las mejores lombrices, hoy este humano es nuestro invitado.

Evan compartió con las aves en silencio, podría decirse que las lombrices no eran su platillo favorito, pero las comió, bocado a bocado, intentando no vomitar. Evan habló con el Rey Tucán y le dijo que buscaba la forma de subir al reino de los gigantes, así que este ordenó a una gran bandada de urracas que lo llevaran al Cielo y Evan, amarrándose cuerdas por todo el cuerpo, empezó a ascender en la búsqueda del primer aceite.

Las aves subieron con maestría a aquel reino olvidado, lugar apartado de la vida misma. Después de casi seis horas llegaron al Reino de los Gigantes, las aves desataron a Evan y de inmediato regresaron a su hogar y él estaba tan emocionado que olvidó cómo iba a regresar a la tierra.

Oscuridad, neblina y desolación eran las cosas que nuestro aventurero veía, ni cinco pasos había dado cuando un gran golpe aturdió su cuerpo, haciéndolo elevar por el cielo y una grave voz grito:

—¡Humano, lárgate de aquí! Está prohibido tu ingreso a este reino, juramos matar a cualquier humano que pisara estas tierras.

Un manotazo volvió a golpear a Evan, sacándolo del reino. El golpe casi le parte las costillas o mejor casi le quita la vida; el pobre caía de aquella altura a gran velocidad.

—Esto es todo, aquí termina mi aventura sin siquiera comenzar —decía Evan a unos 10 kilómetros del suelo, cuando de repente una gran sombra lo agarró del torso e impidió que impactara contra él.

—¡Rayos!, ¿en verdad eres tú? —Preguntó Evan— No lo puedo creer, de hecho creí que no podías...

—Silencio, amigo, ¿acaso porque soy el rey creías que no podía volar?, pues te equivocas, ahora dime, ¿encontraste el aceite?

—Hermano Tucán, no pude ver nada, no alcancé a dar un paso cuando fui golpeado y aún no sé por qué, pero algo de lo cual estoy seguro es que ese golpe me dolerá mañana —dijo Evan.

—Hace mucho no hago parte de una aventura. Vamos al Cielo. Te ayudaré a buscar tus aceites, aunque aún no me cabe en la cabeza ver a un humano con barba, ja, ja, ja, ja.

—¡Oye! ¿Y a quién dejaste a cargo del reino en tu ausencia? —Preguntó Evan.

—No te preocupes por ello, el segundo al trono es el águila, así que ocupará mi lugar por poco tiempo; más bien agárrate porque conocerás la gloria del Cielo.

Se elevaban a tal velocidad que partían el viento en dos y en menos de tres horas llegaron al tenebroso lugar.

—Ten cuidado —dijo Evan— es muy oscuro y es casi imposible ver.

—¡Otra vez tú, miserable humano! ¿Qué otra cosa quieres de nosotros? ¿No te bastó con haber robado la gallina de los huevos de oro, arruinando nuestra vida, dejándonos en la miseria total? No permitiremos que vengas a acabar con la poca vida que tenemos —decía una voz entre las tinieblas.

—Vaya, Evan, tu raza hace muchos estragos por donde pasa —dijo el Rey Tucán.

—No todos los humanos somos así, en algunos hombres hay muy malas intenciones. Ahora prepárate porque, según el mapa, la fuente del aceite está aquí abajo y debemos descender. Pero, ¿qué rayos es eso? —preguntó Evan con voz entrecortada.

En medio de la espesa neblina, el brillo de muchos ojos rodeaba a los aventureros, al parecer se podía percibir en la oscuridad la figura deforme de cuatro personas de gran magnitud que, de un momento a otro, empezaron a lanzar rocas del tamaño de las montañas contra Evan, que el Rey Tucán intentaba esquivar como podía.

—¡A la izquierda! ¡Ten cuidado! ¡Vuela! ¡Vuela más rápido! ¡A la izquierda otra vez! ¡Ten cuidado, tratan de atraparnos! —gritaba Evan, dirigiendo al Rey Tucán.

Cuanto más esquivaban los ataques, los gigantes más se enfurecían y arremetían con mayor ferocidad.

—¡Mira, ahí está! ¡A la derecha, baja rápido! Es la fuente. Debo saltar amigo, tú por el momento distráelos —gritó Evan en el lomo del tucán.

—¿Pero, tú estás loco? Estamos a punto de morir y nos aplastarán como zancudos.

Evan no le prestó atención y se lanzó a la fuente en picada. Cayó en el centro como clavadista profesional, mientras el Rey volaba con maestría esquivando los manotazos y las piedras de los gigantes. Evan sacó de su bolsillo un pequeño recipiente, lo llenó y lo volvió a guardar.

—¡Hermano Tucán, lo conseguí! ¡Ven rápido por mí! —gritó Evan.

—¡Espera un poco, estoy en aprietos! —dijo el Tucán tratando de llegar a Evan.

Tomando a Evan con sus patas, retomaron nuevamente el vuelo y luego de varios minutos de persecución, lograron salir por fin de esas deformes manos.

—¡Casi morimos, hermano Tucán! —dijo Evan después de estar a salvo.

El Rey Tucán surcaba los cielos, el sol estaba tras ellos y verlos era todo un espectáculo.

—Hace mucho no recordaba qué era una aventura y volar de esa manera, aún estoy en buena forma, ja, ja, ja. Evan, esto es genial, cuando les cuente a las demás aves, cantarán historias de cómo volamos entre gigantes y los burlamos, ja, ja, ja ¡sí! —decía con gran emoción el Rey Tucán.

—¡Oye, amigo Tucán!, detente un momento. Creo que estamos en el siguiente destino.

—¿Llegamos tan rápido? —Preguntó el Rey Tucán.

—Así parece. Según el mapa, el segundo aceite se encuentra en el centro de esa laguna, si quieres puedes llevarme y después regresar a tu reino —dijo Evan.

—Estoy tentado a regresar a mi reino, pero quiero ver cómo termina esta historia; permíteme acompañarte, además, sin mí, no durarías ni un minuto vivo —dijo el Rey.

—Gracias amigo Tucán, tienes razón, entonces, sin más preámbulos, vamos a esa laguna.

En poco tiempo llegaron a la laguna. El lugar era repugnante, estaba rodeado de fango espeso y un hedor salía de sus aguas; bueno, si a eso se le podía llamar agua. En uno de sus bordes había una puerta de madera ya deshecha por el tiempo, pero que aún se mantenía en pie, en ella había una inscripción que decía: *Mientras ella duerme, él nada y mientras él duerme, ella danza; solo al nadar puedes entrar y solo al danzar tu vida salvarás*. Evan leía y se preguntaba qué significado tenía ese singular acertijo.

—Amigo, no entiendo; además de eso, ya no soporto este olor —dijo Evan.

—¿Estás seguro de que este es el lugar que dice el mapa? —Preguntó el Rey Tucán.

—¡Sí, este es el lugar! Sabía que eso de las aventuras era cosa de valientes, incluso, pienso que es de personas que no valoran su vida, casi morimos por conseguir un aceite y no sé si de verdad funciona, hermano Tucán. ¡Vamos, regresemos a casa! —Dijo Evan, desilusionado.

—Típico de los humanos, cuando no tienen lo que desean rápidamente, se desesperan y se echan a la pena. Evan, ¡ten calma! La vida es de aventuras y luchas, es cierto que casi morimos pero ¡hemos aquí, buscando el segundo aceite!, ya llegamos hasta aquí y no permitiré que te vayas. Además, quiero ser la primera ave que tenga el privilegio de ver tu barba; piensa en las chicas que te pagarán por el simple hecho de poder tocarla. ¡Es broma, es broma! No te rindas, cree en tus sueños, no seas como un humano más del montón, tú, amigo mío, eres distinto, te ganaste el favor de las aves. Quiero decirte que creo haber entendido el mensaje de la puerta —dijo el Rey Tucán.

—¿En serio? Dime, ¿de qué se trata? —exclamó Evan emocionado.

—Si te fijas bien, en el centro de este lodazal hay un pequeño círculo de agua pura, en el cual hay un pez durmiendo; pero, lo que me llama la atención es que encima de él hay un pollito bailando, entonces, esa es la respuesta. Si queremos encontrar el aceite, debemos cruzar la puerta cuando el pez se despierte y el pollito se duerma. Supongo que para salir debe ser de la misma forma —explicó el Tucán.

—¡Cómo no lo pensé antes!, eres un genio. Ya casi anochece. Debemos buscar un lugar para descansar y vigilar hasta que se duerma el pollito —dijo Evan.

—Mira ese árbol, podemos quedarnos ahí. Iré a conseguir un succulento plato de lombrices para que comamos, espérame —dijo el Rey Tucán y fue volando a buscar ese anhelado festín.

Mientras tanto, Evan entre dientes decía:

—No, por favor, lombrices no, otra vez no. Me sentaré a esperar, este parece un lugar cómodo. ¡Vaya, la luna resplandece como nunca antes la había visto!

—¿Qué es esto? —Se preguntó Evan al sentir algo en el suelo.

Era nada más y nada menos que una espada, o bueno, parecía que lo era; estaba oxidada y un poco doblada.

—¡Oh sí, esto era lo que me faltaba, una espada fenomenal! En las grandes historias de aventuras hay espadas, ¡preparate mundo, porque Evan, el furioso, está armado y dispuesto a pelear! —Y frunciendo la espada empezó a imaginar que peleaba, pero tropezó con la rama del árbol y cayó al suelo ensuciándose de lodo la cara.

—Qué bien Evan, el furioso, creo que es momento de cruzar la puerta. El pollito ya se durmió —dijo el Rey Tucán saliendo de la copa del árbol.

Evan se sonrojó y escondió la espada.

—¿Hace cuánto estabas ahí? Mejor olvida lo que viste y vamos.

Caminaron de manera sigilosa hasta acercarse a la puerta.

—¿Estás listo?, es hora de ir por el segundo aceite —decía Evan emocionado.

Abrieron la puerta y se encontraron con un lugar que parecía una cueva, era tibio y de color rojo. Rodeando las paredes, había muchos huesos y extrañas cosas babosas.

—Pero, ¿en dónde estamos? —preguntó Evan desconcertado.

—Amigo, esto al parecer es el cuerpo del pez, estamos en su estómago y huele a vesícula biliar —exclamó el Rey Tucán.

—Bienvenidos intrusos y ladrones de mi tesoro, no debieron haber entrado a este recinto, mi recinto. Están en problemas —dijo una voz desconocida.

Evan agarró con fuerza la imitación de espada que tenía y, fingiendo ser valiente, dijo:

—¿Quién eres? ¡Muéstrate!, venimos por el tesoro, entrégalo o tendrás problemas.

—¡Cálmate, Evan, y guarda esa espada! —dijo el Rey Tucán.

—Lo sabía, todos los que entran aquí quieren robar mi tesoro, pero pues... Siempre fallan y mueren. Mucho gusto, me presento, soy el guardián del tesoro que se alberga en este lugar.

El guardián era una criatura asquerosa, su piel era babosa y tenía tentáculos colgando de su cuerpo, no tenía ojos, solo una boca con tres colmillos y una lengua larga. La extraña baba que lo cubría era más corrosiva que el ácido.

—¡Pareces una lombriz, de esas que desayuno cada mañana! ¡Más te vale que nos des el tesoro o si no te comeré de un picotazo! —dijo el Rey Tucán, tratando de infundir miedo, aunque en realidad él estaba despavorido, pues en toda su vida no había visto cosa más horripilante.

—¡No saben con quién se están metiendo, malditos ladrones! —Dijo la extraña criatura, que empezó a escupir y alcanzó a evaporar una de las plumas del Rey Tucán.

—¡Evan, debemos salir de aquí, corre por tu vida! —exclamó el Tucán.

Evan comenzó a correr, cuando lo que parecía otra criatura apareció frente a él.

—¿A dónde crees que vas ladrón? Dijeron que me iban a comer y lo único que veo es que tratan de huir; pero les tengo malas noticias, tengo dominado todo este cuerpo, muchas son mis cabezas y uno solo el tesoro —dijo desafiante la horrenda criatura.

—¡Corre, Evan! Esa criatura está loca —dijo el Rey Tucán.

—¿Por qué correr, si podemos volar? —Preguntó Evan.

—Tienes razón, ¡súbete rápido! —Decía el Rey Tucán mientras levantaba el vuelo— La verdad es que no hay mucho espacio dentro del estómago de un pescado, debemos pelear y salir de aquí. Busquemos la puerta, ahora dependemos de que el pez se duerma y el pollito comience a bailar.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Tontos! ¿Creen que los dejaré llegar a la salida? Solo tienen una hora antes de que el pollito despierte, pero creo que eso no lo verán llegar, será su fin.

En ese momento, Evan saltó del Rey Tucán y le cortó una de las cabezas que tenía a la criatura.

—¡Miserable, me cortaste y me arde! ¿Qué tenía esa espada? —gritó de dolor la horrible criatura.

—Muy bien hecho Evan, esa espada está oxidada y le debe arder demasiado, debes cortarlo; si así no muere, morirá por la infección de las heridas, pero de algo morirá —dijo el Rey Tucán.

—¡Malditos ladrones, ahora verán la muerte! —Exclamó la criatura. Su cuerpo volvió a regenerarse, era algo realmente inmundo.

—Amigo Tucán, llévame rápido al corazón del pez, tengo un plan —dijo Evan con voz firme.

—Vamos amigo Evan, quiero ver qué plan es ese.

El Rey Tucán empezó a volar una vez más, la criatura los perseguía y salía por todos lados, hasta de los huesos del pez.

—¡Ahí está, ahí lo veo! —Dijo el Rey Tucán.

Evan volvió a saltar y, dando espadazos, abría camino hacia el corazón. La criatura se estremecía ante cada cortada.

—¡Maldito ladrón! ¿Qué crees que haces? —preguntó la criatura.

—¿Quieres saber qué hago? Estoy dejando de sentir miedo, para que tú ahora lo sientas —dijo Evan.

—Pero, ¿cómo te atreves a decir eso? Yo soy el guardián y nunca he tenido miedo —exclamó la criatura.

—Sé que no, pero ahora lo tendrás. No eres más que un insecto, un parásito. Y te preguntaré una cosa, ¿sabes qué le pasa al parásito si muere de quien se alimenta? —Preguntó Evan.

La criatura se petrificó al escuchar las palabras de Evan, quien tomó con sus manos la espada, la levantó y dijo:

—Mira parásito, ¡admira tu destrucción!

En ese momento apuntó con la espada y la dirigió hacia el corazón.

—¡Detente! —Dijo la criatura— Tú ganas, no quiero morir; si matas al pez yo también moriré. Te daré el tesoro, pero déjame vivir

En ese momento la criatura comenzó a regurgitar un cofre de metal, que cayó a los pies de Evan.

—¡Tómalo! Es todo tuyo —manifestó la criatura.

Evan, muy serio, se acercó al cofre y lo abrió.

—Pero, ¿qué es esto? Esto no es lo que estamos buscando, ¿dónde está el aceite? Aquí solo hay un montón de oro y diamantes, esto no me interesa.

—¿Cómo? ¿Pero de qué estás hablando? Este es el tesoro —dijo la criatura.

—Estoy buscando este aceite —y mostrándole el mapa a la criatura, le indicó lo que buscaba.

—¿Ustedes estaban buscando ese aceite?, ¿por qué no me lo preguntaron antes? Casi morimos todos por no hablar. Ese aceite está en la base de la puerta, incluso todo lo que rodea el estanque es el aceite —dijo la criatura.

—Te pedimos disculpas, señor parásito, no fue nuestra intención. Toma, conserva tu tesoro, te prometemos que no le contaremos a nadie, para que estés tranquilo en tu pez. Queremos pedirte un favor, llévanos a la salida —dijo el Rey Tucán.

—Sí, claro, con gusto los llevaré, están con suerte, no demora en despertar el pollito para empezar a danzar. Síganme, la puerta está muy cerca de aquí —dijo la criatura.

Y así caminaron entre intestinos y sangre, lo normal dentro de un cuerpo. Era difícil tratar de no vomitar, pero al fin llegaron a la puerta y se despidieron de la extraña criatura. El pollito despertó y cruzaron la puerta, miraron rápidamente al suelo y, efectivamente, el aceite estaba ahí, tomaron un poco y continuaron su aventura.

—Oye, amigo, casi morimos —dijo Evan.

—Tienes razón, pero, además del aceite, encontraste algo más, tu valor, ¡que valiente fuiste Evan! —Dijo el Rey Tucán.

—Tal vez tenía miedo en esta aventura. La muerte ha pronunciado mi nombre como tres veces y ya era hora de enfrentarla. Amigo Tucán, mira el mapa, dice que el último aceite se encuentra en la Colina de las aves, ¿sabes algo de ello? ¿Sabes dónde queda? —preguntó Evan.

—Pues, mi querido amigo, déjame decirte que la Colina de las aves es mi reino. ¡Qué afortunado eres! Pero, claro, ¿cómo no lo pensé antes? Al lado de mi trono hay un árbol del que escurre un aceite que, al caer, hace florecer el prado. ¿Sabes?, toma lo que necesites,

amigo Evan. Ahora, sube a mi costado, te llevaré y al llegar a casa contaré nuestras historias. ¡No lo puedo creer, tu aventura ya casi termina! —exclamó el Rey Tucán.

Volaron entusiasmados hacia el reino de las aves y el cansancio no los detuvo. Sonrisas, lágrimas y una mezcla de emociones envolvían a Evan al sentir que llegaba el fin de su aventura. Por fin llegaron a su destino, luego de un viaje casi eterno; pero, algo pasaba, el ambiente había cambiado. Muchas aves se encontraban muertas en el suelo, el reino no era como antes, ya no se escuchaban los tradicionales cantos y ningún ave salió al encuentro del Rey Tucán.

—¿Que ocurrió aquí? ¿Qué les paso a mis hermanas aves? ¿Qué ser sin corazón hizo esto? —Se preguntaba el Rey Tucán, mientras alzaba los cadáveres de las aves.

—Menos mal llegaste, plumífero Rey Tucán. Cosas terribles pasaron después de que te fuiste —dijo el Águila, cuando llegó a donde se encontraba el Rey Tucán.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó el Rey Tucán— ¿Quién pudo cometer esta barbarie?

—¡Cálmate, Rey! Bebe esto para que te calmes y así yo pueda contarte todo —dijo el Águila, ofreciéndole un coco que contenía una bebida.

El Rey Tucán estaba tan preocupado, tan molesto y tan desesperado, que se tomó la bebida sin respirar.

—Ahora sí, cuéntame, hermana Águila, ¿quién hizo esto? ¡Argh! ¿Qué me pasa? ¡Argh! ¡Me duele todo el cuerpo! Mis plumas, mi pico. ¿Qué está pasando? ¡Argh!

El Rey Tucán comenzó a temblar y a convulsionar, muchas de sus plumas cayeron, su cuerpo empezó a encogerse, su pico se acortó y su grandeza desapareció. Tanto así que, era más grande el coco que él mismo.

—Ja, ja, ja. ¡Caíste, idiota! —Dijo el águila— Mi plan está completo, caíste en mi trampa, ja, ja, ja.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Eres un maldito, regresa el tamaño al Rey Tucán! —Gritaba Evan conmocionado ante lo ocurrido.

—¡No lo haré! Estaba cansado de que él gobernara, de comer frutos silvestres y asquerosas lombrices. Estaba harto de ser el segundo y de estar a su sombra. Soy el Águila, un ser único, mi pico degusta el sabor de la sangre de otras aves, en mí no hay piedad, solo perversidad. Desde hace mucho tiempo soñé con obtener el trono y, cuando el estúpido Tucán me pidió que cuidara el reino, pude reclamar lo que siempre me ha pertenecido.

—¡Te mataré! —Dijo Evan, mientras con rabia sacaba su espada y corría hacia él para lastimarlo.

El Águila levantó el vuelo y de un zarpazo le atravesó la pierna a Evan. El dolor era insoportable, sin embargo, Evan tomó la espada y alcanzó a golpear el pico del Águila, partiéndolo en dos.

—¡Tú no sabes con quien te estas metiendo, humano inmundo! —Dijo el águila— Te mataré y te comeré entero, sacaré cada hueso de tu cuerpo y lo degustaré, ven.

—¡Alto! ¡Basta ya! —Gritó el Rey Tucán, despojado de su honor— Hermana Águila, te cederé el reino sin ninguna oposición, solo te pediré dos cosas: la primera es que dejes a Evan en paz y la segunda que me dejes conservar este coco como recuerdo del día en que perdí el reino, como símbolo de tu audacia y mi debilidad. Tú ganas, hermana Águila, ¿qué dices?

El Águila detuvo su ataque mirando a la pequeña ave, que ahora era el Tucán, y dijo:

—¿Cómo puedes regalar el reino por un humano y un coco? Seré misericordioso contigo y aceptaré el trato. ¡Ahora, lárgate de aquí si no quieres que cambie de opinión y los devore!

—¿Pero qué haces, amigo Tucán? ¿Cómo hiciste eso?, y ¿por qué un coco? —Exclamó Evan.

—Cállate y vámonos, Evan, él es el nuevo rey y tú más bien ayúdame con este coco —dijo el Tucán.

Tomó el coco y colocó al Tucán en su hombro, como un pirata a un loro, y partieron de allí. Evan se dirigió en silencio a su casa. Le costaba caminar con la pierna herida pero eso no lo detuvo.

—Perdóname, amigo Tucán, por mi culpa perdiste todo, si hubiera leído el mapa esto no hubiera pasado. Las aves morirán, tu reino, tu tamaño y todo, ¿para qué? Para nada.

—Tranquilo, Evan, las aves solo siguen un corazón puro, ellas escaparán y anidarán en grandes árboles. Muy pronto, el Águila quedará sola y un reino sin aves es una cueva decorada, nada más. Mi tamaño, Evan, es el castigo por abandonar a mis hermanas. Pero, bueno, no me arrepiento. Eres un gran muchacho y te aprecio. ¿Sabes?, traje este coco para ti, tómalo.

Evan tomó el coco y lo vio por dentro, era el último aceite.

—Pero, ¿cómo hiciste eso? ¿A qué horas tú...? —Preguntaba Evan desconcertado.

—Mientras tú peleabas con el Águila, yo me escabullía, llegué al árbol del aceite y lo llené sin que se dieran cuenta. En esta vida hay sacrificios y recompensas. Y, pues, no llegamos hasta aquí para salir con las manos vacías; ahora, Evan, muéstrale al mundo que por fin habrá un humano con barba —dijo el Rey Tucán.

—Amigo mío, quédate, hemos llegado hasta aquí juntos y no te quiero dejar, permíteme alegrarme con tu compañía. Además, hay alguien a quien quiero presentarte —dijo Evan.

Luego de caminar varios días, llegaron a casa de Ana, quien al ver a Evan salió corriendo, lo abrazó y comenzó a llorar.

—¡Evan, Evan! ¿Estás bien?

—Sí, Ana, estoy bien y te pido perdón por ser tan egoísta. Quiero decirte que lo he conseguido, tengo los tres aceites, pero quiero que sepas que ya no quiero princesas ni historias. Cuando estaba a punto de morir, en la única persona en quien pensaba era en ti, tú fuiste mi valentía.

En ese momento se fundieron en un largo y caluroso abrazo acompañado por lágrimas. Finalmente, Evan presentó a su nueva camarada, el Rey Tucán, y juntos contaron todas sus aventuras.

Días después, el muchacho mezcló los aceites y los aplicó en su rostro cada noche, pero no pasaba nada; llegó a creer que eran una mentira y que realmente ningún humano era digno de barba. Después de seis meses de la aventura, se escuchó un gran grito en el cuarto de Evan.

—¡Lo he conseguido, lo he logrado!

—Y, así es mi querido Daniel, gracias a Evan los hombres tenemos barba, gracias a ese joven y a su amigo el Rey Tucán. ¡Daniel, Daniel! ¡Oh! Ya te dormiste muchacho, nunca terminas de oír mis historias. Ven, te llevo a tu cama antes de que llegue tu madre y me regañe —dijo el abuelo Juan llevando al muchacho a su habitación y poniéndolo en su cama.

—Ay, muchacho, muchos creen que yo le saco historias a cualquier cosa, pero te aseguro que, aún en las montañas, los tucanes cantan las aventuras de su Rey y de Evan el Furioso. Hasta mañana, duerme bien muchacho...

Fin